

Lecturas

El mapa del deseo. La representación del Río de la Plata en el discurso de Diego García de Moguer, hacia 1530

The map of desire. The representation of the Río de la Plata in Diego García de Moguer's speech, around 1530

Carlos Alfredo Rossi Elgue

Universidad de Buenos Aires

CABA, Argentina

ORCID: <https://orcid.org/0009-0003-7520-1691>

carossielgue@yahoo.com

Recibido: 17/02/2025

Aceptado: 23/04/2025

Resumen: Desde que Juan Díaz de Solís descubrió oficialmente el Río de la Plata, en 1516, la región se transformó en un espacio de deseo, tierra de riquezas fabulosas y paraísos terrenales como los que los europeos imaginaban hacia Oriente o los que comenzaban a encontrar en América. Las expediciones de Sebastián Caboto y Diego García de Moguer, entre 1526 y 1529, resultaron fundamentales para que cristalizara esta configuración espacial ya que, por un lado, establecieron metas fantásticas hacia el noroeste, como la Sierra del Plata, y, por otro, trazaron los posibles itinerarios para alcanzarlas, remontando los ríos. En este artículo analizamos el modo en que emergen estas representaciones en la *Relación y derrotero* de Diego García de Moguer y otros documentos en los que se refiere el accionar de los capitanes, como el de Alonso de Santa Cruz. A pesar de que las expediciones fracasaron,

porque ellos no pudieron descubrir las tierras prometidas y, además, debieron abandonar abruptamente la región, en el discurso de García de Moguer se siguió reafirmando la potencial riqueza del territorio y la necesidad de reclamar lo propio, aun cuando fuera una quimera.

Palabras clave: Diego García de Moguer, Río de la Plata, relato de viaje, tesoro, deseo.

Abstract: Since Juan Díaz de Solís officially discovered the Río de la Plata in 1516, the region was transformed into a space of desire, a land of fabulous riches and earthly paradises like those that Europeans imagined towards the East or those they were beginning to find in America. The expeditions of Sebastián Caboto and Diego García de Moguer, between 1526 and 1529, were fundamental for this spatial configuration to crystallize since, on the one hand, they established fantastic goals towards the northwest, such as the Sierra del Plata, and, on the other, they outlined the possible itineraries to reach them, going up the rivers. In this article we analyze the way in which these representations emerge in the *Relacion y derrotero* by Diego García de Moguer and other documents that refer to the actions of the captains, such as those of Alonso de Santa Cruz. Although the expeditions failed because they were unable to discover the promised lands and, moreover, had to abruptly abandon the region, García de Moguer's speech continued to reaffirm the potential wealth of the territory and the need to claim what was theirs, even if it were a chimera.

Keywords: Diego García de Moguer, Río de la Plata, travel story, treasure, desire.

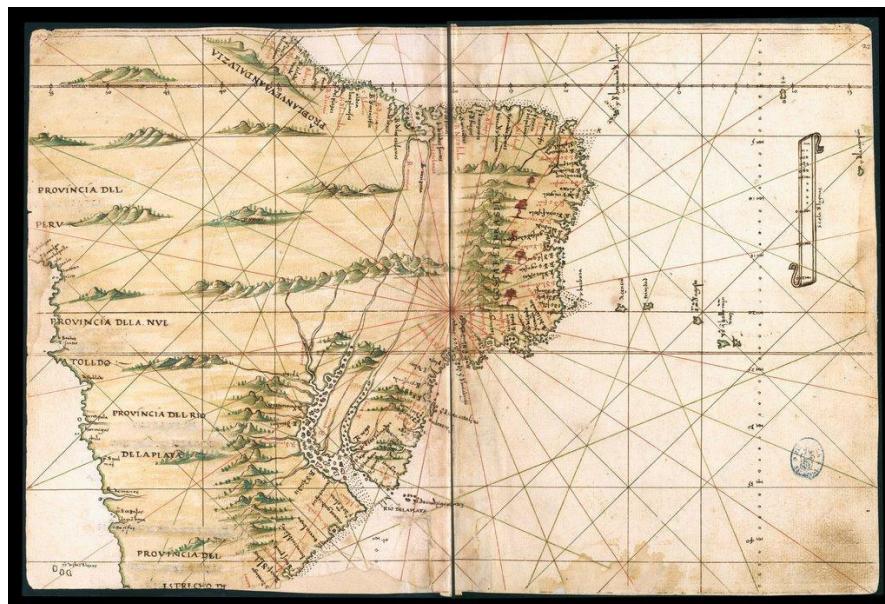


Imagen 1. Alonso de Santa Cruz. *Islario general de todas las islas del mundo. “Tabla Segunda”*¹

Las representaciones iniciales sobre el Río de la Plata, a comienzos del siglo XVI, se desprenden de los testimonios de viajeros que paulatinamente proporcionaron información sobre ese mundo hasta entonces desconocido. Desde que fuera “descubierto” oficialmente en 1516 por Juan Díaz de Solís (c.1470 – 1516), el territorio sería definido y cartografiado como consecuencia de la navegación de sus ríos y el reconocimiento de sus costas². Y, además, sería

1. El título completo que acompaña el mapa es “Tabla Segunda. Esta tabla contiene las yslas junto a la costa del Brasil y las que están en el rio Maranon y al de la Plata y costa del Peru y la que esta al mediodía del estrecho de Magallanes con otras que se verán por la dicha tabla” (1918: 55).

2. El término “descubrir” debe ser contextualizado en el marco de la expansión conquistadora, desde que Cristóbal Colón “descubrió” América en 1492. Alude al “encuentro” de un espacio

identificado como un nuevo espacio de deseo, tierra de riquezas fabulosas y paraísos terrenales, como los que los europeos imaginaban hacia Oriente o los que comenzaban a encontrar en América.

El imaginario sobre la región que se reprodujo y perduró en el tiempo cristalizó en dos representaciones opuestas pero complementarias: por un lado, los peligros, como las tormentas durante la navegación y la amenaza de los indios caníbales, y, por el otro, la posibilidad de obtener algún beneficio: grandes riquezas, espacios edénicos y ciudades fabulosas en el interior del continente. Loreley El Jaber focaliza sobre esta doble significación cuando afirma: “[e]l hambre, la ausencia de metales preciosos, el desaliento, no destierra de los relatos del Río de la Plata la presencia de espacios míticos ligados al encuentro de la riqueza” (2011: 197). En este sentido, los ríos Paraná y Paraguay fueron navegados en sucesivas expediciones, una y otra vez, estableciendo un itinerario que se encauzó hacia el noroeste y cuyo objetivo era hallar oro y plata, o lugares maravillosos como la Sierra del Plata y la ciudad de los Césares.

El 4 de marzo de 1525, el rey de España firmó la capitulación con Sebastián Caboto (1484–1557) para realizar una expedición al Maluco, Tarsis, Ofir, el Catayo Oriental y Cipango y, poco tiempo después, zarpó de Sanlúcar de Barrameda. Al desembarcar en el sur de Brasil, las noticias que escuchó de naufragos y nativos sobre las riquezas que podría encontrar remontando el llamado Río de Solís, determinaron que abandonara el plan original y se dispusiera a explorarlo.

desconocido, desde el lugar de enunciación del conquistador europeo (Mignolo, 1989). En este sentido, solapa la apropiación territorial, la violencia ejercida sobre las poblaciones indígenas y el saqueo.

Meses después, Diego García de Moguer (c.1490–1544) también se internó en el río con el fin de encontrar riquezas³. El marinero ya conocía la región por haber participado, diez años antes, en la trágica excursión de Juan Díaz de Solís: según las versiones que circularon sobre los hechos, el 16 de febrero de 1516, Solís y ocho de sus hombres desembarcaron en la costa de lo que hoy es Uruguay y fueron atacados por un grupo de indígenas antropófagos que los asesinaron y devoraron. Quienes observaban la cruenta escena desde los barcos decidieron regresar a España. Las tres naves que conformaban la flota emprendieron la vuelta: una, a cargo de Francisco de Torres, la otra, al mando de Diego García de Moguer y la tercera se ignora quién la comandaba, pero sí se sabe que naufragó frente a la isla de Santa Catalina.

La expedición, que zarpó de La Coruña en agosto de 1527 y que conducía a García de Moguer nuevamente hacia el Río de la Plata, tenía el objetivo de realizar actividades comerciales orientadas hacia el mar Océano austral⁴. Al igual que la de Caboto, debía dirigirse hacia las Molucas, pero la Capitulación de 1526 autorizaba a descubrir tierras inexploradas. Por este motivo, no constituía una desobediencia, para García de Moguer, haber reprogramado el rumbo después de arribar a las costas de Brasil y escuchar sobre este nuevo espacio de deseo.

3. No puede afirmarse con total certeza cuáles fueron los viajes de Diego García de Moguer, ya que existen diferentes navegantes con el nombre “Diego García” en los registros de quienes se embarcaron hacia América. José Toribio Medina sostiene que integró la armada de Solís en el viaje al Río de la Plata y, luego, participó en la travesía alrededor del mundo de Magallanes y Elcano. En 1527 regresó al Río de la Plata y, finalmente, vivió en la ciudad de Buenos Aires, después de la fundación de Pedro de Mendoza en 1536 (1908: 158-159).

4. José Toribio Medina, después de cotejar los documentos relacionados con la expedición de García de Moguer, advierte que, si bien en el memorial que escribe en 1530 el capitán afirma que partió de la península en enero de 1526, en realidad habría partido de España el 15 de agosto de 1527; concluye que debió cometer un error de un año en la fecha, lo cual también explicaría que llegara a Brasil un año más tarde que Caboto (1908: 77).

La región despertaba la codicia de los conquistadores y movilizaba la navegación por los cauces de los ríos hacia el interior del continente. Para ese entonces, América se había transformado en una tierra susceptible de ofrecer tesoros a los europeos, como el rescatado por Hernán Cortés en México a partir de 1519. Este hecho, que resultó fundamental para reorientar los objetivos de las empresas ultramarinas y redefinir el sistema comercial de la primera modernidad, influyó sobre la imaginación de los viajeros. En el Río de la Plata, después de las de las primeras expediciones, especialmente las de Caboto y García de Moguer, la ambición no solo permeó las imágenes sobre el territorio, sino que incidió directamente sobre su nombre: de Mar Dulce a Río de Solís y, poco después, Río de la Plata⁵.

En este artículo analizamos la *Relación y derrotero* (1530) de Diego García de Moguer⁶, y otros documentos en los que se refiere el accionar del capitán, como el *Islario* de Alonso de Santa Cruz (1505-1567) y testimonios de algunos testigos de los hechos, considerando, por un lado, la construcción de la región

5. Diego García de Moguer, según algunas fuentes, sería quien cambió definitivamente el nombre por el de Río de la Plata (*Colección Gaspar García Viñas*, T. 19, Doc. 676: 220); Miguel Guérin sugiere que la noticia sobre la abundante plata le permitió a García de Moguer y su gente usar el nombre del metal como topónimo de la desembocadura de la cuenca (2000: 31). El testimonio de Alonso de Santa Cruz, integrante la expedición de Caboto, abona esta idea cuando sostiene que: “Diego García fué allá al dicho río que se dice de Solís, que nunca lo ha oído mentar de la Plata, sino cuando el dicho capitán Diego García fue con la dicha armada de Su Majestad ([1530] 1908: 253-254). En otro documento se señala que quienes denominaban al río “de la Plata”, antes que los españoles, eran los portugueses (*Colección Gaspar García Viñas*, T. 18, Doc. 675: 86).

6. La relación se encuentra en una compilación de documentos que realizó José Toribio Medina en 1908, titulada *Los viajes de Diego García de Moguer al Río de la Plata*. Ese mismo año, el historiador chileno también escribió una obra sobre Caboto, *El veneciano Sebastián Caboto*, al servicio de España. En ambos casos, reconstruye el accionar de los capitanes a partir de documentos, entre los que se encuentran capitulaciones, instrucciones, informaciones, etc.

como un espacio de deseo y, por otro, las estrategias discursivas tendientes a legitimar la conquista como propia, frente a la presencia de Sebastián Caboto en el mismo territorio. A pesar de que las exploraciones de ambos capitanes quedaron en suspenso, ya que debieron abandonarlas aun cuando la tierra prometía una ganancia fabulosa, García de Moguer insistiría en reclamar lo propio. Debía demostrar que era un marinero experto, que dominaba el espacio, y que, por lo tanto, estaba capacitado para realizar un gran descubrimiento y dar cuenta de sus conocimientos con precisión, más allá de que los resultados hasta ese momento no fueran exitosos.

El Río de la Plata como espacio de deseo se construyó a partir de la evidencia que proporcionaba la observación directa, aquello que se veía y experimentaba con los propios sentidos, las versiones escuchadas de terceros y, fundamentalmente, los saberes que conformaban el imaginario del conquistador. En la península ibérica, a comienzos del siglo XVI, este acervo cultural incluía relatos de la literatura clásica, la tradición cristiana sobre el paraíso terrenal, la Edad de Oro y la imaginería medieval; y, además, los recientes testimonios de los viajeros a América, como Colón y Vespucio⁷.

Stephen Greenblatt explica que la elaboración de ideas sobre el mundo desconocido tiene su base en “un cúmulo de representaciones, un conjunto de

7. El paraíso terrenal, durante la Edad Media, era concebido como un espacio al que era posible acceder; se encontraba en el extremo oriental de Asia, según los mapas T-O de la época —como los que se incluyen en las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla o el Mapamundi del siglo X, según una copia del siglo XII, en la Biblioteca de Turín, donde pueden observarse las figuras de Adán y Eva en el paraíso (Buxó, 1998: 16-17)—. El imaginario sobre seres fabulosos, como cinocéfalos y gigantes, también estaba asociado a Oriente, por ejemplo, a partir de las descripciones de Juan de Mandevilla en el *Libro de las maravillas del mundo*.

imágenes y de dispositivos de producción de imagen que están *acumulados*, ‘en reserva’, por así decirlo, en libros, archivos, colecciones e instituciones culturales, hasta el momento en el que esas representaciones sean llamadas a producir otras nuevas” (2008: 28). Las leyendas sobre el oro que circulaban a comienzos del siglo XVI y que abultaban ese archivo en reserva indudablemente condicionaron la mirada de quienes reconocieron por primera vez las costas del Río de la Plata. De hecho, algunas empresas que se organizaban hacia el Atlántico sur, como la de Sebastián Caboto, tenían como propósito hallar míticas geografías como Tarsis u Ofir, referidas en las Sagradas Escrituras. Estas riquísimas comarcas, a las que en la Antigüedad el rey Salomón había enviado su flota en busca de tesoros (Magasich y de Beer, 1994: 89), fueron asociadas tempranamente a la experiencia americana ya que, como destaca Pedro Martir de Anglería, Cristóbal Colón se jactaba de haber descubierto la isla Ofir (Gil, 1992: 51).

Además, para los viajeros que se embarcaban hacia América, héroes de la literatura clásica, como Jasón y Ulises, servían como figuras modélicas ya que, como si las historias se repitieran, en las aventuras que protagonizaban debían enfrentar una serie de obstáculos para obtener un tesoro o algún beneficio⁸. Y, durante la Edad Media, libros como los *Viajes* de Marco Polo y el *Libro de las Maravillas del Mundo* Juan de Mandevilla divulgaron noticias sobre la existencia de islas paradisiacas, palacios y ciudades de oro en los confines orientales del mundo conocido⁹.

8. Hugo Bauzá proporciona una serie de características que distinguen al héroe clásico, entre las que incluye: “Sortear diversas pruebas y otros tipos de competencias, de las que el héroe siempre sale airoso” (2007:35).

9. Marco Polo fue el principal gestor de las ideas que en el Occidente tardío medieval se formaron sobre Oriente, y sus descripciones fueron punto de referencia para todo aquel que informara

En términos genéricos, la relación de Diego García de Moguer se estructura como un relato de viaje. Sofía Carrizo Rueda destaca la centralidad de la descripción y la conformación de redes isotópicas que sostienen la coherencia interna de este tipo de relato, es decir, “un repertorio de temas y cuestiones que reiteradamente se manifiestan explícitamente en un texto, o circularan de manera disimulada por él” (2008: 23). Blanca López Mariscal, en el mismo sentido, sostiene que “[e]l narrador tiene amplios paradigmas de los cuales seleccionar dicha información: el histórico, el económico, el geográfico, el etnológico, el de las *mirabilia*, etc. Se trata de un principio que tiende a la digresión y cuya principal operación discursiva es la descripción” (2016: 363).

Viaje y escritura alternan momentos narrativos en los que se avanza sobre el espacio y otros descriptivos en los que el movimiento se detiene y se observa el mundo. En la *Relación y derrotero* de García de Moguer, la mirada del conquistador registra la geografía, la apariencia y costumbres de los indígenas y la promesa de riquezas que impulsa barcos y cuerpos. Hacia el final del texto, el sujeto de enunciación describe al “otro”, las parcialidades indígenas que habitaban la región. Para hacerlo, su discurso se articula a partir de la alternancia entre narración y descripción: el sujeto localiza un espacio en la orilla del río y describe las prácticas de los indígenas; luego, avanza más allá y vuelve a caracterizar al “otro”; así sucesivamente, hasta llegar a un punto en el que parece aproximarse a las tierras ricas, remontando el río Paraguay:

sobre espacios remotos (Sanfuentes, 2009: 35). En sus *Viajes* (ca.1300) describe, por ejemplo, el jardín edénico que construye el Viejo de la Montaña: “Hizo, en efecto, en un valle amenísimo, rodeado por doquier de altísimas montañas, un inmenso y hermosísimo vergel, donde había copia de todas las hierbas, flores y frutos deleitosos. Había allí palacios espléndidos pintados y decorados con maravillosa variedad; allí corrían varios y diversos regatos de agua, vino, miel y leche” (Polo, 1986: 20).

La primera generación á la entrada del río á la banda del Norte se llaman Charruases, éstos comen pescado é cosas de caza, é no tienen otro mantenimiento. Habitán en las islas otra generación que se llama los Guaranes, estos comen carne humana [...] Hay otra generación andando el río arriba que se llaman los chanaes [...] É luego más adentro de la banda del Norte hay otra generación [...] É más adelante hay otra [...] estas generaciones dan nuevas dese rio...aguay, que en él hay mucho oro é plata é grandes riquezas é piedras ...ciosas (García de Moguer, [1530] 1908: 245-146).

García de Moguer escribe a las autoridades metropolitanas, informa sobre ese espacio desconocido y esos “otros” sobre los que imprime su saber y proyecta su poder. Organiza su discurso a partir de la sucesión temporal y el itinerario, un camino que avanza siempre un poco “más adelante”, tierra adentro, siguiendo el cauce de los ríos. El sujeto navega y escribe, describe desde la embarcación, establece puntos de referencia, narra la travesía, avanza. Como pudimos observar, en la relación de Diego García de Moguer los puntos que señalan el recorrido de la embarcación permiten trazar los contornos geográficos de ese universo ignoto, pero, además, sirven como marcas para acercarse a un potencial botín. Por esta razón, después de haber dado cuenta de su recorrido y de asentar sus observaciones, concluye:

esto es lo que sabemos dese descubrimiento; é esta señal de plata que yo he traído, un hombre de los míos que dexé la otra vez que descubrí este río, habrá quince años, de una carabela que se nos perdió, fue por tierra á este río del Paraguay é truxo dos ó tres arrobas de plata é la dio á los indios é cristianos questaban en aquella tierra é dellos hobe esta plata...” (García de Moguer, [1530] 1908: 245-246).

Como podemos observar, la carta termina con la promesa futura y la muestra. A medida que se progresó en ese camino es posible obtener indicios del

tesoro, algunas piezas de oro, plata o piedras preciosas que, sin embargo, nunca se presentan en las proporciones imaginadas. Por esta razón, el mapa del deseo, trazado sobre la posibilidad de un gran hallazgo que demora su concreción, conduce a una permanente situación de suspenso. El discurso se interrumpe, el modelo de viaje heroico se detiene, en correspondencia con el avance de las naves hacia el norte: siempre hay una dificultad que impide ir más allá y hay que regresar. Sin embargo, el espejismo de las riquezas continúa brillando más allá, tierra adentro, estimulando nuevas entradas.

La disputa por los tesoros y el paraíso

A comienzos de 1528, Diego García de Moguer llegó al fuerte Sancti Spíritus que Sebastián Caboto había fundado en mayo del año anterior, entre los ríos Carcarañá y Coronda.¹⁰ Allí se encontró con el capitán Gregorio Caro, quien había quedado al mando mientras Caboto realizaba una entrada exploratoria hacia el norte. Al hablar con él, relata en la *Relación y derrotero*, le requirió que “se fuese de aquella conquista, porque no era suya” ([1530] 1908: 243), haciendo valer los derechos concedidos en su Capitulación. En abril, García de Moguer decidió navegar el río en la misma dirección que Caboto y lo halló en la desembocadura del Paraguay. El capitán regresaba de un intento fallido de localizar riquezas, con su armada debilitada como consecuencia de los continuos enfrentamientos con los indígenas.

10. El lugar en el que se fundó el fuerte había sido señalado por un sobreviviente de la expedición de Solís, Francisco del Puerto, como el ideal para emprender el camino hacia la Sierra del Plata. Todo allí indicaba, según los testimonios, que era la tierra más fértil del mundo, donde se gozaba de bienestar general, lo que anticipaba la cercanía de un fabuloso imperio a conquistar. Anteriormente, al navegar por las proximidades del cabo de Santa María, Caboto había instalado el puerto de San Lázaro, pero las noticias hicieron que la organización se trasladara tierra adentro.

Alonso de Santa Cruz, veedor de la armada de Caboto que años más tarde se transformaría en cosmógrafo mayor de la Corona,¹¹ en la probanza de 1530 recuerda que:

Sebastián Caboto requirió al dicho Diego García que se fuese del dicho río, porque era suya la conquista é lo había descubierto primero que no el dicho capitán Diego García, y el dicho Diego García dijo que aquella era su conquista é que Su Majestad lo enviaba á aquel río é que el dicho Sebastián Caboto no tenía que hacer en ello, é hubo en esto diferencias entre ambos á dos capitanes" (Alonso de Santa Cruz, [1530] 1908: 254).

En el mismo documento, Alonso Bueno, testigo vecino de Sevilla, agrega que Caboto no quiso abandonar la conquista porque dijo que "había año y medio que tenía la posesión del dicho río, que no le quería dejar, antes le requirió al dicho capitán Diego García que lo dejase é se saliese de dicho río" ([1530] 1908: 265).

Caboto pretendía hacer valer el tiempo que había dedicado a su empresa, mientras García de Moguer ponía en primer término su derecho a explorar esa porción del mundo, en la que el otro no debía estar. Como resultado de las tensas negociaciones entre ambos, acordaron enviar sendas cartas al rey para informar sobre sus actos y buscar una mediación que permitiera el beneficio a favor de uno u otro¹².

11. Alonso de Santa Cruz (1505-1567) viajó junto a Sebastián Caboto hacia el Río de la Plata y a su regreso, después de 1530, permaneció en Sevilla, donde difundió sus conocimientos hasta ser nombrado Cosmógrafo mayor de la Corona en 1536. Encomendado por Carlos V, sobre quien escribió una *Historia*, comenzó a confeccionar su *Islario general de todas las islas de mundo*, pero su labor continuaría durante años, en el reinado de Felipe II (Blázquez, 1918: 9-11).

12. Juliana Gandini señala que, aparentemente, solo llegaron a España los mensajeros de Caboto, entre los que se encontraban el inglés Roger Barlow y el contador de la expedición Fernando Calderón (2016: 19).

García de Moguer se coloca delante de su adversario, como descubridor del Río de la Plata, con más derechos por haber formado parte en la expedición de Juan Díaz de Solís de 1516. El hecho de haber sido uno de los protagonistas de esa expedición lo autoriza a construirse a sí mismo como descubridor y experto en la región. De esta participación se desprende su reclamo, pero también la demostración de sus conocimientos sobre el territorio: él domina las rutas náuticas y sabe hacia dónde navegar para alcanzar las tierras anheladas; conoce las parcialidades indígenas y, por lo tanto, quiénes representan un peligro u obstáculo a superar¹³.

García de Moguer establece un recorrido por rutas náuticas conocidas y desconocidas, de España hacia América, y registra sus descubrimientos, distanciándose de Caboto, a quien descalifica porque “no era marinero ni sabía navegar” ([1530] 1908: 235). Desde ese lugar, por ejemplo, registra el hallazgo de una isla a la altura de la Bahía de Todos los Santos: indica que es “mi descubrimiento”, que “ningund cristiano la ha hallado hasta hoy, porque no está puesta en ninguna carta hasta hoy” y la describe: “me paresce que es una isla muy verde [...] habrá en ella agua é leña é mucha pesquería” ([1530] 1908: 237).

Es interesante observar el valor de este tipo de hallazgo ya que la isla no era presentada como un espacio cualquiera sino como un lugar que evocaba la Edad Dorada: allí se podría vivir sin demasiados esfuerzos, dado que la naturaleza era

13. En la *Relación y derrotero* describe a los indígenas que encuentra en su camino, poniendo el énfasis en las prácticas alimenticias; alterna la caracterización de indios caníbales y malvados con otros que son “buena gente”, aunque también comen carne humana, como los “guaranies” (1908: 244) o los “topíes” (239) y otros, los “chaurruaes”, que no comen carne humana y se mantienen de la caza y de la pesca (240); al sur de Brasil, “muy mala gente perversa, é comen carne humana é andan desnudos” (236).

abundante y generosa. El encuentro de esta isla, sobre la que García de Moguer marcaba su posesión, resaltaba las virtudes del expedicionario ya que él expandía el mundo conocido con un descubrimiento asombroso, una isla paradisiaca. Sin embargo, señalaba que en su descripción primaba la suposición, lo que le “pareisce”, ya que “no miramos ni probamos por la banda Sur á entrar en ella, porque traíamos un navío solo é no queríamos ponernos en riesgo hasta otro viaje, que tornando allí se sabrá el secreto della” ([1530] 1908: 237). El viajero intuía y proyectaba sobre esa geografía aquello que presumía o ansiaba encontrar. Como ya advertimos, hacia el siglo XVI todavía subsistía la creencia en que el Jardín del Edén se situaba en algún lugar del mundo, específicamente en el extremo oriental de Asia.¹⁴ En el Antiguo Testamento se lo ubicaba hacia Oriente, y se lo describía como un jardín fértil y abundante en el que la obtención del alimento prescindía del hecho de trabajar y donde podían hallarse riquezas materiales, oro y piedras preciosas (1969, II: 8 - 17).

En su descripción del Río de la Plata, Alonso de Santa Cruz, al igual que García de Moguer, focalizaba en la abundancia de la naturaleza: “muchos papagayos que van de pasada; [...] muchos y diversos pescados y los mejores que hay en el mundo que creo yo provenir de la bondad del agua que es aventajada a todas las que yo he visto [...] es este río uno de los mayores y mejores del mundo” (1918: 550). La desmesura del río descripto, donde todo es “mucho” y “muy”,

14. Sobre la aceptación de la existencia del paraíso terrenal a finales de la Edad Media algunos documentos resultan significativos ya que influirán en la perspectiva de los viajeros: el *Libro de las maravillas del mundo* de Marco Polo, el relato de viaje de Juan de Mandevilla al Levante, India y China; el *Imago Mundi* del cardenal Pierre d' Ailly; el *Diario del tercer viaje de Colón a América*, cuando en 1498, en el delta del Orinoco, creyó estar en las extremidades de Asia, “a inmediaciones del paraíso terrenal” (Delumeau, 2014) y la “Carta de 1502” de Vespucio.

está acompañada por la representación del mapa que realiza sobre él y sus islas (Imagen 1). Texto e imagen refuerzan la magnificencia del río que penetra el continente hacia su interior. Remite a la construcción de un espacio en el que los hombres podrían vivir de la naturaleza proveedora y evoca discursivamente al paraíso terrenal.

Santa Cruz registraba haber navegado hacia el norte, donde el clima se volvía templado y la naturaleza se ofrecía más abundante que en la zona fría, pero explicaba que no habían llegado al origen y nacimiento del río. Nuevamente la información se encontraba incompleta porque faltaba avanzar más allá. Otra vez la empresa quedaba en suspenso, aunque se supusiera qué había más allá.

En lo que refiere a las promesas materiales, algunas versiones daban cuenta de la existencia de tesoros a partir de lo que otros habían dicho. Las más importantes eran, sin dudas, las de los sobrevivientes de la armada de Solís que habían naufragado en las costas del sur de Brasil: Melchor Ramírez y Enrique Montes. Los náufragos, después de haber obtenido informaciones de los indígenas y de otros desamparados que habían quedado allí, divulgaron las leyendas sobre la presencia de tesoros. Alonso de Santa Cruz, en el *Islario* que confecciona años después de su viaje al Río de la Plata, enfatiza la importancia de estos testimonios y el modo en que influyeron en la determinación de Caboto de cambiar su objetivo original “e yr al rio que comunmente se llama de la Plata, movidos por ynformacion de dos christianos que aqui allamos que avian quedado de la Armada de Joan Diez de Solis que se avia perdido en el rio doze años avia que nos hizieron ciertos de lo que despues no hallamos, que era abundar la tierra de mucho oro y plata y bastimento” (1918: 548–549). El cosmógrafo hace alusión,

sucintamente, a la información sobre la abundancia de tesoros y provisiones, y la posterior desilusión ante “lo que después no hallamos”.

Sebastián Caboto también registró las sorprendentes noticias que había escuchado de los sobrevivientes y de los indígenas al sur de Brasil¹⁵: “[l]os que en aquella tierra viven dicen que no lejos de ahí, en la tierra adentro, que hay unas grandes sierras de donde sacan infinitísimo oro, y que más adelante en las mismas sierras sacan infinita plata” (1908: 555).

Se configuraba discursivamente un itinerario hacia “tierra adentro” que prometía grandes riquezas, una imagen desmesurada del tesoro que tendía al infinito y que parecía estar al alcance de la mano, “no lejos de ahí”. Emergía el mito de la Sierra del Plata en un mapa hipotético sobre el que se proyectaban recorridos y expectativas. La representación cartográfica y discursiva, en este sentido, daba cuenta de un río desproporcionado, poblado de infinitas islas, donde era muy fácil extraviarse o perder las referencias. Trazar los mapas y escribir los caminos marcaban los esfuerzos por conocer y dominar. María Jesús Benites, al reflexionar acerca de los elementos constitutivos del relato de viaje, establece correspondencias entre la escritura del viaje y el trazado de un mapa:

[p]ara los navegantes enviados por la Corona viajar implica apropiar (se), acto que se realiza en acciones paralelas y complementarias: escribir – poseer – trazar. Es por esto que el itinerario, casi siempre incierto, forma parte de la materia textual hasta tal punto que el acto de escribir adquiere un paralelismo con el de trazar un mapa [...] Ese trazado se ordena a partir de una cronología que da cuenta del desarrollo del viaje y del tiempo transcurrido en la expedición (Benites, 2013: 35).

15. Según Enrique De Gandía los nativos no ignoraban que más allá de las selvas, hacia el Occidente, existía un imperio fabuloso -luego identificado con el Incario- en el que sus habitantes portaban adornos de plata (1977: 250).

Tiempo y espacio organizaban relatos y mapas en los que se fijaba el resultado de la experiencia. De este modo, se construían representaciones discursivas e iconográficas tendientes a marcar la toma de posesión, la demostración del poder sobre el territorio. La particularidad que se observa en los textos analizados es que la espacialidad referida estaba sujeta a un futuro descubrimiento, todavía incierto, sobre el que se conjeturaba el dominio. Nadie podía dar cuenta de la existencia de los asombrosos espacios en primera persona, pero las expectativas crecían basándose en lo que otros “habían dicho”. A partir de estas marcas retóricas del “yo” y de un “él” o “ellos” informante, que serían una constante en la escritura colonial rioplatense, se estableció el posicionamiento de un sujeto de enunciación que legitimaba lo que decía a partir de lo que percibía con sus propios sentidos y, principalmente, de lo que era dicho por testigos.

García de Moguer, al igual que Caboto o Santa Cruz, reafirmaba la presencia de tesoros a partir de lo que otros habían relatado. A pesar de la reiterada desilusión, la quimera del oro y la plata seguía llamando a nuevas expediciones. Por esta razón, García de Moguer finalizaba su relación con la construcción del espacio de deseo, la confirmación sobre la existencia de las riquezas materiales que se comprobaba a partir de la muestra.

La empresa en suspense

García de Moguer se presenta como un sujeto ideal para realizar la conquista del Río de la Plata ya que conoce el camino para alcanzar el tesoro y sabe cuáles son los obstáculos que debe enfrentar. En oposición, Caboto es caracterizado negativamente y es culpado de haber provocado el fracaso de la

expedición. En la “Información” o probanza que se labra seis meses después de la *Relación y derrotero*, a favor de García de Moguer, él denuncia a las autoridades los maltratos que sufrió de parte de Caboto: “me quitó todos los mantenimientos, é no me dejó comprar ni regatar oro, ni plata, ni otra cosa, de cuya cabsa se perdió todo lo que yo llevaba en la dicha armada é dejé de venir muy próspero é en muy breve tiempo” ([1530] 1908:248).

El fracaso de las exploraciones hacia el norte y la destrucción del fuerte que precipitó el regreso a España, frustraron las esperanzas de los capitanes de obtener el ansiado tesoro. Por lo tanto, años más tarde, desde la península ibérica García de Moguer buscó revertir su suerte y encontrar un beneficio por la vía discursiva, anulando las posibilidades de su rival. En la misma “Información” de agosto de 1530 García de Moguer se construye a sí mismo ante el rey y las autoridades del Consejo de Indias como un buen vasallo de la Corona, un marino experto y, en definitiva, el merecedor de las riquezas de la región del Plata:

Sebastián Caboto, capitán que fué de otra armada que Su Majestad envió á Tarsis é al Gran Catayo é á Maluco, se fué á meter en el dicho Río de la Plata y en conquista que no era suya é que estaba descubierta mucho tiempo había, é de cómo, siendo yo llegado al dicho Río de la Plata, el dicho Sebastián Caboto, haciéndose señor de todo, me tuvo á mi é á la gente que commigo iba tiempo y espacio de un año cercado, diciendo que yo había de estar debajo de su mando é de su bandera é de su justicia [...] (García de Moguer, [1530] 1908: 248).

La probanza se sumaba a una gran cantidad de documentos contra Caboto de varios integrantes de su armada, principalmente de aquellos que se habían negado a cambiar el objetivo expreso en la Capitulación y que, por no someterse a su decisión, habían sido abandonados en Brasil antes de continuar el

viaje hacia el Río de la Plata.¹⁶ En estos documentos se interrogaba a testigos para probar la veracidad de determinados hechos. En la probanza de Diego García de Moguer testifica Alonso de Santa Cruz; él ratifica las palabras del capitán, confirmando los maltratos padecidos y, en relación a la conquista de potenciales tesoros, asevera: “el dicho capitán diego García dejó de descubrir la tierra é de resgatar, é si no fuera por cabsa del dicho Sebastián Caboto, descubriera mucha tierra, segund el aparejo que tenía, é resgatara mucho oro é plata é dejara la tierra muy pacífica [...]” ([1530] 1908: 256).

Santa Cruz deja entrever la posibilidad de una conquista diferente, si García de Moguer no hubiera sido obstaculizado por Caboto. A pesar de que, como observamos anteriormente, en su discurso se filtre la desilusión, él rescata la figura de García de Moguer como potencial descubridor. Sin dudas, su voz se sumaba a la de quienes acusaban a Caboto de maltratar tanto a los hombres de su armada como a los indígenas.

Juan de Junco, tesorero que sirvió de testigo en la probanza, corre del centro del problema a Caboto y culpabilizaba a ambos por las pérdidas: “á cabsa de las diferencias que hobo entre el dicho capitán Caboto é capitán Diego García, dejaron de facer grand jornada, en que se descubriera mucho oro é plata, é á esta cabsa se perdieron todos [...] e porque los indios comenzaron á tomar

16. Los capitanes Gregorio Caro y Francisco de Rojas creían que se debía cumplir con lo pautado en la capitulación, por lo que Caboto logró convencer a los indecisos prometiendo un futuro reparto del botín y comenzó por deshacerse de quienes obstaculizaban sus planes. Levantó un proceso en contra de Rojas, acusándolo de querer sublevar la nave que comandaba y, en consecuencia, en el Puerto de los Patos, antes de seguir hacia el Río de la Plata, lo abandonó junto a los capitanes Martín Méndez y Miguel de Rodas. (De Gandía, 1961a: 388-390). Francisco Rojas, el único sobreviviente, inició acciones legales junto a familiares de otros integrantes de la armada.

parcialidades desde que vieron las diferencias que había entre los sobredichos ([1530], 1908: 159-60).

Juan de Junco hace referencia al ataque indígena que precipitó el final de la exploración y la destrucción del fuerte Sancti Spíritus. A pesar de que, inicialmente, Caboto había logrado negociar con los indios guaraníes de la región, con el tiempo comenzaron a surgir diferencias, aparentemente como consecuencia del mal accionar del capitán. Sin embargo, bajo la perspectiva de este testigo de los hechos, la causa habría sido los problemas entre los capitanes y el modo en que los indígenas aprovecharon esa crisis para atacar.

Cuando García de Moguer y Caboto emprendieron la última jornada juntos con la intención de descubrir la ansiada Sierra del Plata en las proximidades del río Paraguay la resistencia indígena imposibilitó que pudieran continuar y debieran volver después de sesenta días (Medina, 1908: 133). Al regresar, la situación en Sancti Spíritus también era tensa porque los indios guaraníes que habían mostrado amistad se habían alzado y habían matado a algunos españoles. Caboto envió un emisario hacia España para informar a la Corte en qué situación había quedado su expedición hacia las Molucas y pedir refuerzos. Tiempo después, García de Moguer decidió abandonar el fuerte, sin mediar palabras, y regresar a España, posiblemente antes de septiembre de 1529, cuando el fuerte fue desamparado, tras un ataque indígena.

Los testimonios de quienes años más tarde refirieron los hechos, tal como pudimos observar, tienden a inculpar a Caboto por el fracaso de la expedición y la destrucción de Sancti Spíritus que provocó el final de la empresa y el definitivo retorno a España. En estos alegatos se impone el propósito de encontrar una

reparación, a la vez que emerge una semblanza de García de Moguer como contrafigura de Caboto: él es quien habría estado capacitado para realizar la “gran jornada”.

Consideraciones finales

Las expediciones de Diego García de Moguer y Sebastián Caboto, entre 1526 y 1529, conforman uno de los ejemplos más claros de la construcción de espacios míticos en América. Como señala Fernando Aínsa, “[h]aber descubierto América no detiene, pues, la imaginación de Occidente, que había poblado con “países legendarios” los mapas de lo desconocido. Por el contrario, la excita y parece darle pruebas tangibles para seguir justificando la búsqueda de esos territorios imaginarios” (1992: 11).

Entre las representaciones sobre la región que generaron estas expediciones, además de la Sierra del Plata y lugares paradisíacos, se encuentra el supuesto descubrimiento de la fabulosa Ciudad de los Césares, que se transformaría en una obsesión para exploradores posteriores: en noviembre de 1528, los capitaneas emprendían la navegación a lo largo del Paraná, mientras un contingente de quince hombres dividido en tres grupos partían, por orden de Caboto, en busca de noticias hacia el oeste: uno por los querandí, otro por los caracara y los terceros por el río Curacuraz (de Gandía, 1961b: 393). De los tres grupos sólo regresó el que iba a cargo del capitán Francisco César, compuesto por seis o siete españoles, con novedades sorprendentes. Si bien ellos no habían encontrado las fabulosas tierras descriptas por Montes y Ramírez, después de dos meses y medio volvieron refiriendo riquezas hacia el noroeste, donde, además, habrían descubierto una ciudad maravillosa,

se supone que en algún lugar del territorio ahora comprendido por las provincias argentinas de San Luis y Mendoza.

En paralelo al surgimiento de estas asombrosas noticias, la situación en Sancti Spíritus mostraba signos de debilitamiento insalvables. El final de la expedición dejaría en suspenso el descubrimiento de esta ciudad maravillosa. Sobre este testimonio de César, que permitiría localizarla, debemos aclarar que la relación que le habría dado a Caboto, en la que narraba y describía el hallazgo, se encuentra perdida, y no se conserva ninguna copia. La ausencia de fuentes escritas, que deja en silencio la experiencia de quien fue y volvió, hizo que las versiones sobre los hechos se desarrollaran por distintos canales y con matices diferentes. La mítica ciudad que se buscaba hacia el oeste y noroeste de la región podría haberse disipado de las expectativas de los viajeros cuando se descubrieron las vastas riquezas materiales del Tawantinsuyu, en 1532. Sin embargo, siguió funcionando como lugar de deseo, trasladándose a los pocos años al sur de la Patagonia (Aínsa, 1992: 19).

Una vez en España, para Caboto comenzaría un período de litigios y reclamos por violar lo pactado con la Corona en la Capitulación, por ajusticiar sin razón a algunos hombres de su armada, y por maltratar a los indígenas. Como resultado de esos juicios, fue declarado culpable en todos los cargos, debiendo pagar costas y reparaciones y afrontar un año de destierro en Orán. Pero, al poco tiempo, fue rehabilitado por Carlos V y retomó sus actividades en la Casa de Contratación de Sevilla hasta 1547, cuando regresó al servicio de Inglaterra (Gandini, 2016: 21).

García de Moguer no tuvo que enfrentar ninguna acusación, pero, aun así, no logró asegurar la exclusividad sobre las rutas y la exploración del Río

de la Plata. En lo que respecta al reclamo material, solicitó que se le pague lo que había gastado en la empresa, y, como respuesta se le concedió una ayuda por medio de una cédula real del 6 de febrero de 1532. En esos años, García de Moguer buscó encontrar una reparación, algún beneficio que le permitiera contrarrestar los resultados de su expedición. La exaltación de su figura como buen marinero y conocedor de la geografía y los indígenas del Río de la Plata buscaba transformarlo, ante Caboto, en el conquistador capacitado para realizar la gran jornada, la que posibilitara hacer realidad la ruta hacia las riquezas y los espacios edénicos. Sin embargo, esa no sería su suerte.

Para terminar, si bien las expediciones de Caboto y García de Moguer podrían ser consideradas un fracaso, si se tienen en cuenta los magros hallazgos materiales obtenidos, éstas resultaron fundamentales para cambiar el significado de la región y hacer que la Corona comenzara a interesarse por las promesas futuras. Ellos consolidaron la idea de que en el interior del continente se escondía una tierra fabulosa y que, por lo tanto, sus empresas no habían fracasado, sino que habían sido interrumpidas, se encontraban en suspense. El relato de viaje, el desplazamiento tierra adentro siguiendo el cauce de los ríos, y el testimonio de quienes podían dar cuenta de la existencia del tesoro conformaron los ejes sobre los que se gestaron las representaciones fundacionales sobre el Río de la Plata. Sobre esas supuestas riquezas más allá, lo apenas visto o lo dicho por otros, se construyó una imagen del mapa del deseo que permanecería en la imaginación de los conquistadores por largos años.

Bibliografía

- Ainsa, Fernando (1992). *Historia, utopía y ficción de la Ciudad de los Césares. Metamorfosis de un mito*. Madrid: Alianza,
- Bauzá, Hugo Francisco (2007). *El mito del héroe*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Benites, María Jesús (2013-2014) “Vigilias, fatigas y peregrinaciones”: viaje, relato y desamparo en los confines del imperio. *Telar* 11-12, pp. 80-97. <http://revistatelar.ct.unt.edu.ar/index.php/revistatelar/article/view/164> [consulta 2 de febrero de 2025].
- (2013). “Los derroteros teóricos de una categoría heterogénea: los relatos de viajes al Nuevo Mundo (Siglo XVI)”, Uppsala: University. Institutionen för moderna språk.
- Blázquez, Antonio (1918). “Prólogo”. Alonso de Santa Cruz, *Islario general de todas las Islas del mundo*. Madrid: Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica.
- Caboto, Sebastián. (1908). “Mapamundi”. En Medina, J.T. *El veneciano Sebastián Caboto, al servicio de España*. Chile: Imprenta y Encuadernación Universitaria.
- De Gandía, Enrique (1977). “El fuerte de Sancti Spíritus y la búsqueda de Tharsis y Ophir”. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Vol. L, Buenos Aires.
- (1961a). “Descubrimiento del Río de la Plata, del Paraguay y del estrecho de Magallanes”. *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862)*, T.2. R. Levene (Dir.). Buenos Aires: El Ateneo.
- (1961b). “Primera fundación de Buenos Aires”. *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862)*, T.3. R. Levene (Dir.). Buenos Aires: El Ateneo.
- Delumeau, Jean (2014). *En busca del paraíso*. Trad. Ana Beatriz Campo, Bogotá: Fondo de Cultura Económica, Luna Libros.
- El Jaber, Loreley. (2011). *Un país malsano. La conquista del espacio en las crónicas del Río de la Plata (siglos XVI y XVII)*, Buenos Aires: Beatriz Viterbo Editora y UNR.
- Gandini, María Juliana (2016). “Las sirenas del Plata: nuevos rumbos de las expediciones de Sebastián Caboto y Diego García de Moguer en el Mar Océano Austral (1526-1530)”. *Revista Escuela de Historia*. N°15V1. Universidad Nacional de Salta.
- García de Moguer, Diego (1908b). *Relación y derrotero de Diego García; Información -16 de agosto de 1539-*. En J. T. Medina, *Los viajes de Diego García de Moguer*. Chile: Imprenta Elzeviriana.
- Gil, Juan (1992 [1989]). *Mitos y utopías del descubrimiento*. Madrid: Alianza.
- Greenblatt, Stephen (2008). *Maravillosas posesiones. El asombro ante el Nuevo Mundo*. Barcelona: Marbot.
- Guérin, Miguel A. (2000). “La organización inicial del espacio rioplatense”. *Nueva historia argentina. La sociedad colonial*, T. 2, E. Tandeter (Dir.), Buenos Aires: Sudamericana.
- López de Mariscal, Blanca (2016). “Relatos y relaciones de viaje a la nueva España en el siglo XVI: un acercamiento a la definición del género.” *Actas XIV Congreso AIH*(Vol. IV).

- Magasich, Jorge y De Beer, Jan-Marca (2014). *América mágica. Mitos y creencias en tiempos del descubrimiento del Nuevo mundo*, Santiago de Chile: LOM.
- Medina, José Toribio (1908). *Los viajes de Diego García de Moguer*. Chile: Imprenta Elzeviriana.
- Mignolo, Walter (1989). “Sobre alfabetización, territorialidad y colonización. La movilidad del sí mismo y del otro”, *Filología*, XXIV, 1-2.
- Polo, Marco. (1986 [ca. 1300]). *Viajes, El libro de Marco Polo*. J Gil (Tr. Y Ed.), Madrid: Testimonio Compañía Editorial.
- Sagrada Biblia* (1969). Versión de Mons. J. Straubinger. Chicago: Barsa.
- Sanfuentes, Olaya (2009). *Develando el nuevo mundo. Imágenes de un proceso*. Santiago: Ediciones UCA.
- Santa Cruz, Alonso de (1918). *Islario general de todas las Islas del mundo*. D. A. Blázquez (Pról.). Madrid: Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica.